

Mucho tiempo después desta ruina,  
Año de tres quinientos y sesenta,  
El padre fray Francisco de Molina  
Lo levantó donde se representa;  
Y allí por los de ley adulterina  
También ha padecido gran tormenta,  
Y no menos los frailes agustinos  
En aquella ciudad nuevos vecinos.

Pues ochenta del santo Nacimiento  
Corrían de la luz que nos repara,  
Cuando fundó la casa y el convento  
El padre fray Hierónimo Guevara;  
Y con el necesario cumplimiento  
Este gobernador les hizo cara,  
De manera que su mando durante  
Aquella ciudad fué muy adelante.

Vinieron en su tiempo dos galeras  
Y un bajel que llamaban Saetilla,  
Que con sesenta tiros, piezas fieras,  
Se armaba para náutica rencilla,  
Hechas para guardar estas fronteras  
Y contrastar pirática cuadrilla:  
Corrían ya setenta y ocho años  
De la reparación de nuestros daños.

Soldados y pertrechos tan á pique  
Cuanto requieren ocasiones tales;  
Bellas por general don Pedro Vique;  
Y á Castañedo y á Martin Gonzalez  
También manda la fama que publique  
Que fueron capitanes principales:  
Serían setecientos numerados  
De chusma, marineros y soldados.

Destas galeras fué la capitana  
Una que se decía Santiago;  
La otra la ocasión que hizo vana  
Un infelice día y actago,  
Al tiempo que la gente luterana  
En Cartagena hizo gran estrago;  
Y para que yo della salir pueda,  
Este suceso solamente queda.

Y porque de raíz el caso cuente  
Con los negocios que le son ancijos,  
Paréceme ser cosa conviniente  
Comenzar la carrera de mas lejos,  
Porque los que lo vieron y el oyente  
No queden desabridos ni perplejos,  
Y si de verdad algo me divierte,  
Digo lo que me venden por muy cierto.

Al fin mi flaco marie se convierte  
A diferentes guerras y porfias,  
Para tractar la ventajosa suerte  
Del diestro capitán Francisco Diaz,  
De quien quisiera mas contar la muerte  
Que recitar sus grandes valentias,  
Y esta terrible plaga y este llanto  
Se quiere comenzar con nuevo canto.

## DISCURSO

*Del capitán Francisco Draque, de nacion inglés, con que se da fin á la historia de Cartagena, compuesta y ordenada por Joan de Castellanos, clérigo beneficiado de Tunja, el cual discurso comienza desde el segundo canto, en cuyo tiempo este cosario vino á la dicha ciudad el año de 1586.*

## Un caso

NOTA. Desde la antepenúltima octava del canto anterior, lo que ponemos de letra cursiva, está testado en el original, y siguen cortadas ciento nueve hojas que debían contener seiscientos cincuenta y cuatro octavas, á seis por hoja. Luego siguen testadas tres octavas, que son las últimas del discurso y se copian á continuación de esta nota. Sin duda el consejo mandaría omitir todo lo de Draque en la impresión, quizá por dictamen del censor á quien se cometió el examen de esta tercera parte; y parece que lo fué el célebre Pedro Sarmiento de Gamboa, de cuya mano se halla escrito al margen de la penúltima octava del antecedente canto: *Desde esta estancia se debe quitar.*—Sarmiento.—Rubricado.—Y al margen de la última octava que cierra el discurso, dice: *Hasta aquí es el discurso de Draque que se ha de quitar.*—Sarmiento.—Rubricado. Las tres octavas últimas son las siguientes:

*Es su nombre don Pedro de Ludueña,  
El cual con ordenada diligencia  
Rompiendo va la montuosa breña  
De aquellos á quien toma residencia;  
Los cargos que salieron en reseña  
Al fallo se verán de la sentencia:  
Ventura le dé Dios y favor largo  
Para que salga bien del nuevo cargo.*

*Y porque no sé mas de Cartagena,  
Della huye mi pluma ya cansada  
De daros hasta hoy relacion llena  
Desde el primero por quien fué fundada;  
Que cierto para tan angosta vena  
Ha sido trabajosa la jornada:  
Otros historiadores mas enteros  
Dirán después sucesos verideros.*

*Al fin con esto ceso, mas no cesa  
La peregrinacion de mis porfias,  
Porque para cumplir con mi promesa  
Me cumple caminar por otras vias,  
Que deseo correr á toda priesa,  
Viendo cuán abreviados son los dias;  
Pues en tal caso la mas clara lumbre  
Es esperanza con incertidumbre.*

## LAUS DEO.

## ELEGIA

*A la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas.*

## CANTO PRIMERO.

Dejemos de presente la marina  
Y la gobernacion de Cartagena,  
Pues la de Popayán, con quien confina,  
Segun atrás tocó gracil avena,  
Quiero tomar agora por vecina  
Para dar della relacion mas llena,  
Contando sus auríferos veneros  
Y los célebres hechos de guerreros.

Dadme la mano vos, escelsa Musa,  
Templo vivo de Dios enriquecido,  
Porque la mia no quede confusa  
Pintando lo que tengo prometido;  
Y la luz de verdad que está reclusa  
Rompa la nube ciega del olvido,  
A la posteridad haciendo claras  
Hazañas tan heroicas y tan raras.

A la parte del sur de Cartagena,  
Cauca, gran rio, tiene nacimiento,  
El cual y el grande de la Magdalena  
Nacen del rumbo deste mismo viento  
Distantes hasta cerca del arena  
Del mar del Norte, donde con aumento  
Juntan sus aguas, y ambos hechos uno  
Ensoberbecen ondas de Neptuno.

Estos dos dichos rios inundantes  
Los campos y montañas adyacentes,  
Menos de cuatro mil pasos distantes  
Tienen sus nacimientos y sus fuentes  
En sierras de Hibague, do declinantes  
Al mar del Norte tienen las vertientes,  
Y con otros menores errecen tanto,  
Que su grandeza causa gran espanto.

Aunque parejas cumbres los despiden  
Corren por diferentes señorios,  
Pues antes que se junten los dividen  
Sierras que llaman dentre los dos rios,  
Que cuasi paralelamente miden  
Sus cursos, sus distancias y desvios;  
Mas por do Cauca guia sus corrientes  
Hay vegas grandes, valles escelentes.

Y en aquellas llanadas por do viene  
Fundó gobernacion cristiana gente,  
La cual de Popayán renombre tiene  
Y con él permanece de presente;  
Son pues los aldeaños que contiene  
Acia la mar del Sur, que es al poniente,  
Escelsas sierras en supremo grado,  
Que por aquella parte hacen lado.

A la parte de oriente desta tierra,  
Donde muchas ciudades hay fundadas,  
Le demora también aquella sierra  
Por quien son las dos aguas separadas;  
Esta gobernacion allí se encierra,  
Y tienen españoles sus moradas  
(Que dilatando van su señorio)  
A una y otra banda de aquel rio.

Tienen ya grandes hatos de ganados,  
Y en rios abundante pesqueria;  
Viven los moradores regalados  
Con varios frutos que la tierra cria,  
Y de los extranjeros trasplantados  
También produce los que no solia;  
Hay grandes montes, bosques y breñales,  
Y de oro soberbios minerales.

A don Pedro de Heredia se debia  
La gloria del primer descubrimiento;  
Mas por hallar mas apacible via  
Benalcázar gozó del vencimiento  
Por Pizarro, marqués, de quien tenia  
Poder, autoridad y mandamiento;  
Y al Benalcázar tal nombre le viene  
De ser del pueblo que este mismo tiene.

Tuvo padres de llanas condiciones,  
Y su linaje fué desta manera,  
Porque todos vivian de los dones  
Que les daba campestre sementera;  
De un parto parió dos, ambos varones,  
Su madre, fuera de la vez primera,  
Y al nacer Sebastián, el uno dellos,  
Primero sacó piernas que cabellos.

Y cuando destos géminos podia  
Cada cual en astil poner la mano,  
A los padres llegó su fatal dia,  
Encomendándolos al mas anciano;  
Y algunas veces Sebastián solia,  
Por mandamiento del mayor hermano,  
O por su voluntad, ir á la breña  
Con un jumento do traía leña.

Trayéndolo cargado por sendero  
En que pluviosa tempestad embarga,  
En un atolladar y atascadero  
Cayó la flaca bestia con la carga;  
Quitó la sogá, lazos y el apero,  
Animado con gritos porque salga,  
De la cola con gran sudor ayuda,  
Mas el jumento flaco no se muda.

Entonces él con juvenil regaño  
En las manos tomó duro garrote,  
Diciéndole: «Sabed que si me ensaño  
Vos os habeis de erguir y andar á trote.»  
Al fin, sin voluntad de tanto daño,  
Con uno le acertó tras el cocote,  
Y fué de tal vigor aquel acierto  
Que asno miserable quedó muerto.

El mal recado visto, no se tarda  
En huir, conocida su locura,  
Dejando leña, sogas y el albarda,  
Y al vivir en pobreza y angostura,  
Con imaginaciones que le aguarda  
En otra tierra próspera ventura,  
Y selle muy mejor ir á la guerra  
Que cultivar los campos en su tierra.

Peregrinando pues de villa en villa  
Con falta de las cosas necesarias,  
Quiso ver las grandezas de Sevilla,  
Adonde concurrían gentes varias;  
Allí llegó y oyó por maravilla  
Alabar la jornada de Pedrarias  
Del Darien, por que hacia gente  
Como gobernador de aquella frente.

Pareciéndole bien esta conquista,  
Presentóse delante del caudillo,  
Diciendo que lo pongan en la lista,  
Porque con los demás quiere seguillo;  
Pedrarias se holgaba con la vista  
Y buen donaire del villanchoncillo,  
Y no teniendo de cognomen uso,  
El de su propio pueblo se le puso.

Llegan al Darien con la compañía,  
Que pasaba de doce veces ciento,  
Con los vecinos del, hombres de España,  
Primeros pobladores del asiento;  
Y el Sebastián se daba buena maña  
Cuando buscaban indios y alimento,  
Llegándose, con otros que no narro,  
A los ranchos de Almagro y de Pizarro.

Porque estos eran en aquellas lides,  
Desde que descubrieron aquel rio,  
Antiguos y admirables adalides  
Y amigos de soldados de buen brio;  
Pedrarias, por se ver en los ardidés,  
Luego del Darien hizo desvío,  
Y acia Panamá guió la proa  
Al mar del Sur, que descubrió Balboa.

Al cual Balboa, si mas tiempo dura  
Espirito vital en mis entrañas,  
Deseo colocar en escriptura  
Y sus heroicos hechos y hazañas,  
Su fatal y temprana sepultura,  
Do lo pusieron invidiosas sañas  
Del que tenia cargo del gobierno,  
Con habello tomado ya por yerno.

Llegó Pedrarias pues donde quería,  
Mas él y todos los demás mohinos  
Por no poder tomar alguna guia  
Para que descubriese los caminos,  
A causa de que desta serranía  
Andaban alterados los vecinos,  
Y acrecentaba mas el descontento  
El no poder hallar mantenimiento.

Como cada cual dellos se desvela  
En remediar la falta que le daña,  
El Sebastián haciendo centinela,  
Humo vido salir de una montaña,  
Y aunque lejos, bien vió ser de candela,  
Y no vapor, que mil veces engaña;  
Algunos compañeros llamó luego  
Que se certificaron ser de fuego.

Al rancho del gobernador se vino  
Diciéndole ser fuego ciertamente,  
Y él mismo confiado de su tino  
Prometió dar en él dándole gente;  
Animólo Pedrarias al camino  
Con algunos, que fueron hasta veinte,  
Mandóles que cada cual hiciese  
Lo quel imberbe mozo les dijese.

Con aqueste favor mas alentado,  
Recogidos los veinte compañeros,  
Entróse por aquel bosque cerrado,  
Ajeno de caminos y senderos,  
Con tan puntual tino y acertado,  
Que dió sobre los bárbaros guerreros:  
Ovieron del rancho tres mil pesos,  
Y de todas edades muchos presos.

Para Pedrarias señaló la parte  
Que le venia de lo rancheado,  
El restante por todos se reparte,  
Y á nadie quiso ser ayentajado:  
Finalmente, lo hizo de tal arte  
Que quedó desta bien acreditado,  
Y así holgaban todos de seguillo  
Las veces que le cupo ser caudillo.

Como mas en edad fuese creciendo  
Y en bienes por su lanza granjeados,  
Iba también ganando y adquiriendo  
Mucha reputacion entre soldados,  
Y en estos intermedios descubriendo  
En honras pensamientos levantados;  
Y así granjeó nombre brevemente  
De diestro capitán y de valiente.



Fué liberal, modesto y apacible,  
Amigo de virtud y de nobleza,  
En los recuentros de rigor terrible  
Jamás en él se conoció flaqueza,  
A pié brioso todo lo posible,  
A caballo grandísima destreza:  
Hombre mediano, pero bien compuesto,  
Y algunas veces de severo gesto.

Al fin en Panamá hacen asiento  
El Pedrarias y sus conquistadores,  
Donde por las personas de momento  
Repartió los caciques y señores:  
Al Benalcázar dió repartimiento  
Igual á los mas ricos y mejores,  
Porque en aquellos tractos y ejercicios  
De guerra fueron grandes sus servicios.

En estos dias le nació el mestizo  
Al buen Almagro, que se llamó Diego,  
El cual después en tiempo banderizo  
En el Pirú causó desasosiego;  
Al cristianallo gran fiesta se hizo,  
Y en el bautismo fueron por su ruego  
Pizarro y Benalcázar los padrinos,  
Por ser allí los mas ricos vecinos.

Subyecta pues la gente adversaria  
Y la ciudad de Panamá fundada,  
Pedrarias de Avila se determina  
Hacer de Nicaragua la jornada,  
Porque sus capitanes la marina  
Por el rey y por él tienen poblada;  
Y así con voluntad llana y amiga  
A Benalcázar ruega que le siga,

Prometiéndole debajo juramento  
En provechos y honras preferirlo;  
El cual luego prestó consentimiento  
Dándole la palabra de seguílo.  
Al Pizarro pesó del mudamiento,  
Y Almagro y él procuran impedirlo:  
Responde, como quien virtud profesa,  
No poder ya faltar de su promesa.

Cada cual de por sí le representa  
Tenelle sin revés afición pura,  
Y que esta, puesto caso que se absenta,  
En todo tiempo la terná segura,  
Rogándole también que les dé cuenta  
De daños ó regalos de ventura,  
Pues ellos en quietud ó con quebranto  
De su parte harían otro tanto.

Con esto se despide sollozando  
De los que lo tenían por amigos,  
Y con próspero viento navegando,  
Llegan y desembarcan donde digo.  
La ciudad de Leon se fundó cuando  
A Nicaragua lo llevó consigo  
Pedrarias, y allí fué primer alcalde;  
Y es cierto no comer el pan de balde.

Pues en pacificar estos estados,  
Con mañas y valor de varón fuerte,  
Al rey hizo servicios señalados,  
Y así le cupo razonable suerte.  
Pizarro con los otros aliados  
Acá la costa del Pirú convierte  
La lanza con ventura mas propicia,  
Trayendo con caudal rica noticia.

Entendida grandeza tan estraña  
Por indios que deponían de vista,  
Embarcóse Pizarro para España,  
Donde de sus servicios hizo lista;  
Volvió gobernador con gran compañía,  
Para prosecucion de la conquista,  
Y al Benalcázar invió mensaje  
Para se valer dél en el viaje.

Diciéndole que mas no se detenga  
En tierra corta do viviendo muere,  
Pues que ventura se la da mas luenga  
Con la prosperidad que se requiere;  
Y qué no partirá hasta que venga  
Con los soldados que traer pudiere,  
A los cuales hará que huellen suelo  
En el cual mudarian el mal pelo.

Vista por Benalcázar tal oferta  
Y que de mas atrás lijera fama  
Vendia la noticia por muy cierta,  
Determinó de ir á quien lo llama:  
Compró navío grande de cubierta,  
Y con aquel ardor otros inflama.  
Llevando, no sin costa de dineros,  
Seis caballos y treinta compañeros.

Recibiólo Pizarro con buen pecho,  
Y su venida fué regocijada;  
Dióle mas larga cuenta de lo hecho,  
Y efectúose luego la jornada,  
La cual por la grandeza del provecho  
Fué por el universo divulgada,  
Y en hacer aquel grande reino llano  
El Benalcázar tuvo mucha mano.

Pasarón varias cosas, que yo callo,  
Por ir do me movió mi fantasía,  
Y es quel marqués Pizarro, por honrallo,  
Las guerras de substancia le confia:  
A Piura con gente de caballo  
Fué, para socorrer la compañía  
De españoles que estaban en aprieto,  
Y á hacer aquel término subyeto.

Domó la furia de los adversarios  
Y aquella multitud sanguinolenta,  
Haciéndolos de libres tributarios  
Con yugo de pagar perpetua renta;  
Y en otras guerras y recuentros varios  
Honra ganó, sin padecer afrenta,  
Antes á mas rigor mayor audacia,  
Sin sucedelle trance de desgracia.

Holgábase Pizarro grandemente  
De ver cómo se daba buen recado,  
Y conociendo dél ser suficiente  
Para le cometer cualquier cuidado,  
En San Miguel lo hizo su teniente,  
Que es en Tangarará pueblo fundado  
Allí primero por gente de España,  
Donde también se daba buena maña.

Allanó muchas veces lo mas agro  
De guerras que otros ponen en escrito;  
Después desto, Pizarro y el Almagro  
Le mandan ir á conquistar á Quito,  
Cuyas riquezas vende por milagro  
La veloz fama con soberbio grito,  
Y también por domar la tiranía  
De Hruminavi, questo pretendia.

Porque viendo debajo fatal tumba  
A Guaxcar y Atabalibá señores,  
Adonde mortal odio los derrumba,  
Este se rebeló y otros traidores  
Como Zopozapagua, Quingalumba,  
Raurau, contra sus emperadores,  
Y quisquize que, con otros presupestos,  
Venia para se juntar con estos.

Yendo pues Benalcázar aviado  
Segun que pide militar escuela,  
Procurando de ser bien informado  
Del reino donde van y su tutela,  
Cierta cacique, Chaparra llamado,  
Lo mandó dibujar en blanca tela  
Con entradas, salidas y defensa  
Y de guerreros cuantidad inmensa.

Benalcázar holgó de ver la planta,  
Y de que se le dé tan buena nueva,  
Porque de la grandeza no se espanta,  
Antes desea ya venir á prueba,  
Aunque para romper multitud tanta  
Solo ciento y setenta y cinco lleva:  
Son los sesenta y cuatro caballeros  
Y diez ó doce buenos ballesteros.

Todos los mas restantes son peones  
Que llevan sus escudos embrazados.  
Encontraron de bárbaras naciones  
Cincuenta y cinco mil hombres armados,  
Que muchos dellos eran orejones  
En uso militar ejercitados,  
Puestos en orden en llanadas bajas  
De los campos que llaman Teocajas.

Al bravo Hruminavi va subyeto  
Aquel gentil ejército pagano,  
Que con sagacidades de discreto  
Los congregó debajo de su mano,  
Poniendo sus contrarios en aprieto  
Con crueles estremos de tirano;  
Porque este se escapó de Caxamarca (1)  
Al tiempo que prendieron su monarca.

Y viéndolo prender, en el conflicto,  
Cuando española mano dél afierra,  
Fué recogiendo por el circuito  
Sobre catorce mil hombres de guerra,  
Con los cuales entró dentro de Quito  
Levantándose con aquella tierra,  
Con muertes de los que del mal intento  
Pudieran ser algun impedimento.

Y agora Hruminavi, como piensa  
Que Benalcázar trae su demanda,  
Apercibióse para la defensa  
Con tanta multitud de los que manda,  
Que parecia cuantidad inmensa  
Los que lo ciñen de una y otra banda,  
A los cuales atentos y armas prestas  
Dijo tales palabras como estas:

«Ya veis el miserable captiverio  
Con que los hados van amenazando,  
Y cómo de los Ingas el imperio  
Estrañas gentes vienen ocupando,  
Con muertes, deshonra y vituperio  
De los que sobre nos tenían mando:  
El gran emperador Guaxcar sin vida,  
La de Atabalibá también perdida.

«Otros poseen ya su plata y oro  
Y buscan lo que mas hay abscondido;  
El caudaloso fausto y el tesoro  
De Cuzco y Caxamalca veis perdido;  
La majestad, respecto y el decoro  
De nuestros orejones abatido,  
Haciéndoles que acudan con tributos  
De plata y oro, joyas y otros frutos.

«Y también vienen en demanda nuestra  
A fin de que hagamos otro tanto,  
Si no convierte vuestra fuerte diestra  
Su crecido placer en duro llanto,  
Y aquel dominio de la gloria vuestra  
No les pone temor, terror y espanto,  
Encorrendo bien á las memorias  
Vuestros heroicos hechos y victorias.

«Pues si con estas asestais la vira  
Adonde pretendéis hacer empleo,  
En cualquier parte que pongáis la mira  
Acertareis al blanco del deseo,  
Y abatireis aquella mortal ira  
A quien anima su primer trofeo,  
Ganado sin rigores de pelea  
Ni movimiento que defensa sea.

«Y es fácil de domar esta demencia,  
Por ser pocos y en fuerzas no mejores;  
Pues que nos consta ya por experiencia  
Que padecen flaquezas y temores;  
Veis demás desto cuánta diferencia  
Hay de ser siervos á quedar señores,  
De perder ó cobrar vuestros estados,  
O de siempre mandar ó ser mandados.

«No cause lo de Caxamalca miedo,  
Por nos vencer allí pocos cristianos;  
Pues cada cual de nos estuvo quedo  
Sin querernos valer de nuestras manos,  
Porque juzgáramos por el denuedo  
Y el aspecto no ser hombres humanos;  
Mas ya nos consta por sus condiciones  
Que son hombres mortales y ladrones.

«Y aquellos pocos de redondas uñas,  
Do suben y les sirven de castillos,  
Podeislos enlazar por las pesuñas,  
Como cuando cazais con los aillos  
O los civis con que tomáis vicuñas,  
Usando tal ardid en vez de grillos;  
Y á tierra vereis ir en ese punto  
Caballo y caballero todo junto.

(1) Por Cajamalea.

«Así que, pues en esto no va menos  
Que las honras, haciendas y las vidas,  
Y tenemos aquestos campos llenos  
De gentes diestras bien apercebidas,  
Haced aquello que debéis á buenos  
En refrenar las sueltas y atrevidas,  
Porque si no, vereis en sus poderes  
Vuestras queridas hijas y mujeres.»

Dijo, y aquellos fieros capitanes,  
O principales de los orejones,  
Con palabras y bravos ademanes  
Correspondieron con sus intenciones,  
No recelando muertes ni desmanes  
Que nacen de las tales ocasiones,  
Y en este tiempo Benalcázar llega  
Con todos los demás á la gran vega.

Descúbrense millares de millares,  
Con las armas que tienen de costumbre,  
Dignas de ver las joyas singulares,  
La rica y adornada muchedumbre,  
Tanto, que reverberan los solares  
Rayos con el refracto de su lumbre;  
Innumerables hondas, dardos, lanzas  
Y armas de defension á sus usanzas.

Escopies bastados de algodones,  
Con gran primor colchados y tupidos;  
De palo bien tallados morriones  
Con hoja gruesa de oro guarnecidos;  
Plumajes, diademas, invenciones  
Varias en las maneras de vestidos,  
Porque segun las tierras y raleas  
Usaban de los trajes y libreas.

Viendo que Benalcázar descubria  
Por ancho campo de compás jocundo,  
Suena clamor y grita que rompía  
Los aires con ruido furibundo,  
Y tal hervor y horror, que parecia  
Deshacerse la fábrica del mundo,  
Engrandeciendo siempre los clamores  
Con bocinas y grandes atambores.

A la bandera nuestra y estandarte  
Animó quien sobrellos tiene mano,  
Diciendo: «No temáis contrario Marte,  
Pues vale menos cuanto mas lozano,  
Y al fin han de llevar la peor parte  
Queriéndonosla dar en campo llano,  
Adonde los caballos corredores  
Y los que van encima son señores.

«Dejadlos vengan: no hagais amago  
Hasta que los tengamos mas cercanos;  
Y cuando yo dijere ¡Santiago!  
Cada cual se aproveche de sus manos.  
Verán á pocas vueltas el estrago  
Que hacen los poquitos castellanos;  
Pues ellos como ven que somos pocos  
Se hacen mas soberbios y mas locos.

«A cualquiera gandul que con mas gala  
Vierdes, y mas compuesto de librea,  
Y en acometimiento se señala  
Incitando los otros á pelea,  
Habeis de trabajar dalle de mala  
Con el violento fin que se desea,  
Pues todos acobardan viendo estos  
De la querida vida descompuestos.»

Al tiempo pues que el padre Faetonte  
Demediaba su rápida carrera,  
Cuando la sombra del frondoso monte  
Cerca las plantas sin salir afuera  
En aquel hemisferio y horizonte,  
Equinoccio perpetuo del esfera,  
Los confiados indios acometen,  
Y nuestros caballeros arremeten,

Rompiendo por la bárbara pujanza,  
Siguiendo las pisadas del caudillo:  
Roja se para la pungente lanza,  
El suelo rubicundo y amarillo;  
El rigor, el furor, la destemplanza  
Ensangrientan los filos del cuchillo,  
Tanto, que del bárbarico gentío  
La sangre derramada forma río.



Mas los indios no son flojos ni tardos  
En respondelles con ardiente priesa;  
Pues sin intermisiones ni reguardos  
De la confusa grita que no cesa,  
De violentas piedras y de dardos  
Nube descarga multitud espesa,  
Quel cielo de los ojos arrebatá,  
Y con su violencia los maltrata.

Bien como de langostas las nubadas  
Que suelen impedir la vista clara,  
Así son las espesas ruciadas  
Del dardo, de la piedra, de la vara,  
Atormentando cascos y celadas,  
Escudos y rodela, donde para,  
Cuyos pesados golpes también labran,  
Matan caballos, y hombres descalabran.

No se mostraban flojas ni tardías  
Del fuerte Benalcázar las lanzadas,  
Y las del capitán dicho Rui Díaz  
De Rojas no son menos señaladas,  
Cuyos hechos, proezas, valentías  
A milagro podrán ser comparadas;  
Y todos en aquellos trances duros  
Parecian ser mas que hombres puros.

Porque de los contrarios combatientes  
Cincuenta y cinco mil es el estima,  
De los mas ahechados y valientes  
Que moran desde Quito hasta Lima,  
Demás de los tener allí presentes  
Huminavi feroz que los anima,  
Sin que se pierda punto do se halla  
En la prosecucion desta batalla.

La cual por ambas partes se regia  
Con tal obstinacion y rabia pura,  
Que pelearon desde medio dia  
Hasta llegar la ceguedad obscura;  
Donde los de la bárbara porfia  
Juzgaron la huida por segura,  
Dejando de los suyos setecientos  
Desamparados de vivos alientos.

Huyeron á los cerros mas subidos,  
Y por las asperezas de los puertos  
Quedaron tres peones mal heridos  
Y tres caballos ansimismo muertos:  
Velaron por sus cuartos repartidos  
Hasta que nueva luz los hizo ciertos  
Cuánta fué la mortífera ruina,  
Mas no lo quel contrario determina.

Y por ser aquel campo conviniente,  
Si por ventura vuelven á buscarlos,  
Para se defender cómodamente  
Queriendo Huminavi contrastallos,  
Descansaron allí dia siguiente  
Regalando con grano los caballos  
Y curándoles algunas heridas,  
Porque de su vivir penden sus vidas.

El Benalcázar luego hizo junta  
De los hombres en guerra mas maduros,  
Y en la congregacion se les pregunta  
Qué caminos serán los mas seguros,  
Porque de Huminavi se barrunta  
Acometelles en los pasos duros,  
Donde podria con algun engaño  
Al caminar hacelles mucho daño.

Porque de sus astucias se creia  
Tener hechos reparos á sus trechos,  
Y mayormente por aquella via  
Que llevan, cantidad de hoyos hechos,  
Para lo cual remedio les seria  
Evitarse los pasos mas estrechos,  
Y á Riobamba ir por otra mano  
Seria lo mejor y lo mas sano.

Un soldado llamado Juan Camacho,  
De San Miguel de Piura vecino,  
Dijo: «Para llevar mejor despacho  
En la prosecucion deste camino,  
Guia podria ser un mi muchacho  
Que podemos fiarnos de su tino,  
Porque sabe muy bien toda la tierra  
Ansi del llano como de la sierra.»

Cuadróles mucho lo que representa  
Acerca de tomar otra derrota,  
Porque el indio les dió razon y cuenta  
Acerca de le ser la tierra nota:  
Acuerdan pues salir sin que lo sienta  
Aquel que las provincias alborota,  
Apriesa caminando con la guia  
Sin esperar la claridad del dia.

Cuando los horizontes se entrístecen,  
La luz debajo dellos abseondida,  
En su real mil fuegos resplandecen  
Con muestra de guisarse la comida;  
Mas fueron todos estos que parecen  
Por disimulacion de la partida,  
Pues dejándolos vivos y atizados  
Caminaron por donde son guiados.

Sin vellos la rabiosa muchedumbre,  
La noche caminaron sin recuestas,  
Y cuando pareció la nueva lumbre  
Atrás dejaban ya pasos y cuestas,  
Donde podian dalles pesadumbre  
Las galgas ponderosas y molestas:  
Vieron los nuestros pues en este punto  
A la ciudad de Riobamba junto.

Los indios agraviados y vencidos  
Que volvían á nueva competencia,  
Como reconocieron ser partidos,  
Creyendo de temor hacer ausencia,  
Siguen el rastro de furor movidos  
Con toda la posible diligencia:  
A los de retraguardia dan alcance,  
Donde se vieron en dudoso trance.

Piden á Benalcázar mas varones  
Para mejor librarse de la plaga,  
El cual les respondió: «Buenas razones:  
Van treinta caballeros en rezaga  
Con treinta validísimos peones,  
¿Y pedís que de gente se rehaga?  
Si la que va juzgais no ser bastante,  
Mirad la que tenemos por delante.»

«Acá y allá conviene buen concierto  
Y que nadie camine descuidado,  
Antes todos con ánimo despierto  
Y no con corazon acobardado,  
Pues yo no veo palmo descubierto  
Que no tengan estotros ocupado:  
Aprestad manos, porque no podemos  
Hacer hoyo donde nos enterremos.»

Esto responde, pero todavía  
Envió cierto capitán Mosquera  
Con cuatro de caballo, que sabia  
Darse principal maña donde quiera;  
Cuando llegaron vieron que venia  
Toda la retraguardia muy entera,  
Sin que los indios punto los discorden  
De lo que deben á militar orden.

Yendo cansados con algun desmayo  
De ver innumerables naturales,  
Un bárbaro daquellos, dicho Mayo,  
Falto de los pendientes genitales,  
De paz se les llegó, siéndoles ayo  
Para les descubrir ocultos males,  
Manifestándoles partes no vacas  
De hoyos y acutísimas estacas.

El Hacedor omnipotente quiso  
Por boca deste bárbaro prudente  
A nuestros españoles dar aviso  
A punto y á sazón tan conviniente,  
Pues daban en los hoyos de improviso,  
Adonde pereciera mucha gente,  
Y la parte mayor de los rocines  
Allí tuvieran desastrados fines.

Este por Huminavi fué privado  
De los lascivos gustos y placeres,  
Y con otros ennuocos diputado  
Para le ser custodia de mujeres;  
Y siempre, como cuerpo lastimado,  
Tuvo vindicativos pareceres,  
Y esperando hallar vez oportuna,  
Tomó la que le trajo la fortuna.

Y así le descubrió los hoyos hechos,  
Y todo lo que Huminavi piensa  
En los puertos y pasos mas estrechos  
Hacer para fortísima defensa;  
Bajan los españoles satisfechos  
De subyectar la cantidad inmensa  
Que cerca de Riobamba los espera  
Con varias armas y apariencia fiera.

Pero como bajaron á lo llano,  
Por ir toda la gente fatigada,  
El atrevido campo castellano  
Allí determinó hacer parada,  
Las sillas puestas, armas en la mano,  
Con vela que por cada camarada  
Se repartió con orden curioso  
Hasta pasar el tiempo tenebroso.

Y cuando ya venian descubriendo  
Los febeos caballos por oriente,  
De sus doradas bocas esparciendo  
Anhélito de luz resplandeciente,  
Benalcázar andaba previniendo  
A Rui Díaz de Rojas, su teniente,  
Que fuese por el llano-circumstante  
Con treinta caballeros adelante.

Con esta gente bien apercebida,  
A la ciudad de Riobamba llega;  
Pusiéronse los indios en huida,  
Sin que fuese durable la refriega;  
Y por hallar gran copia de comida  
El resto de la gente se congrega,  
Y allí holgaron estas compañías  
Por espacio de diez y siete dias.

Hallaron algun oro los soldados,  
Que fué poco segun el apetito,  
Porque como golosos y picados  
A caudal aspiraban infinito.  
Estando pues caballos reformados,  
Determinaron de llegar á Quito,  
Y hubo por el camino pocos ratos  
Que no tuviesen gritos y rebatos.

Usando con solícito cuidado  
Huminavi de ardidés diferentes,  
Y por un orden muy disimulado  
Mil hoyos en los pasos mas urgentes;  
Pero por aquel bárbaro capado  
Quedaban descubiertos y patentes,  
Y así sin sucedelles caso feo  
Llegaron do los lleva su deseo.

Entraron pues en la ciudad potente  
De Quito, donde estaba recogida  
Innumerable número de gente,  
De varias armas bien apercebida;  
Mas viéndolos entrar incontinentemente,  
Fué por diversas partes esparcida,  
Dejándola con sus pertrechos varios  
A la dispuscion de los contrarios.

Y así hallaron muchos ornamentos  
Preciados entre bárbaras naciones,  
Y demás desto grandes aposentos  
Llenos de grano y otras provisiones,  
Otros con helicosos instrumentos,  
Lanzas, macanas, dardos, morriones,  
Y para guerra todo buen recado,  
Mas oro poco, por estar alzado.

Recogieron aquello que se halla,  
Trastornando las casas y rincones.  
Los indios, rehusando dar batalla,  
Acudian de noche con tizonas  
Por partes mas ocultas á quemalla;  
Y aunque no salen con sus intenciones,  
La llama todavía hizo mella  
En algunas pajizas casas della.

No procedieron, por la resistencia  
Que hallan en contrarias voluntades,  
Encaminadas á la permanencia  
De firmes y católicas verdades,  
Destruyendo con suma diligencia  
La falsa religion destas ciudades;  
Y así procuran en aquel asiento  
Plantar luego cabildo y regimiento.

En este tiempo Pedro de Alvarado  
También de Guatimala se destierra,  
Y vino con ejército formado  
Metiéndose con él por esta tierra.  
Diego de Almagro fué determinado  
A se la defender por paz ó guerra;  
El cual con treinta de caballo vino  
Tras Benalcázar con aquel desino.

Hallólos en la parte referida,  
Porque siempre vinieron por su huella:  
Regocijaronse con la venida,  
Sin certidumbre de la causa della,  
Mas cada cual después de conocida  
Tomó por propia suya la querella,  
Y tanteando de defensa modos,  
A Riobamba se volvieron todos.

Allí por el Almagro fué mandado  
Estar apercebidos y en espera,  
Siendo de naturales informado,  
Presos en el compás desta frontera,  
Quel sobredicho Pedro de Alvarado  
Venía por aquella derrotera  
Y que, segun el rostro trae puesto,  
En Riobamba lo verian presto.

Diego de Almagro con sospecha mala  
De que los otros son superiores,  
Para ver si su gente les iguala  
En número y vigor, ó son menores,  
Enviaron á Cristóbal de Ayala,  
Con otros seis caballos corredores,  
Que los tanteen bien, puestos á viso,  
Y abrevien el venir á dar aviso.

Aquestos siete caballeros fueron  
Acia la parte do sospecha tienen,  
Mas en el caminar no procedieron  
Con tal orden que no se desordenen,  
Y así por mal concierto que tuvieron  
A todos los prendieron los que vienen,  
Y como prisioneros á recado  
Los llevaron al Pedro de Alvarado.

Holgóse de los ver en su presencia,  
Por informarse de lo que queria,  
Hasta la mas menuda menudencia  
Que para tal sazón le convenia,  
Y aquesto hecho, dándoles licencia,  
A quien los enviaba los envia,  
Dando la relacion de su viaje,  
No sin muestra feroz en el mensaje.

Diciendo que, mediante provisiones  
Emanadas del rey y su consejo,  
A conquistar venia las naciones  
Destos confines desde Puerto-Viejo,  
Con grandes gastos en las prevenciones,  
En buscar buena gente y aparejo;  
Y así defenderia con la espada  
La tierra que en gobierno le fué dada.

Dióle Diego de Almagro por respuesta,  
Que cumple que la tenga prevenida,  
Porque la suya para lo que resta  
No vive descuidada ni dormida.  
Cada parcialidad en fin va puesta  
A riesgo manifesto de la vida,  
Ordenando sus haces al momento  
Para venir al duro rompimiento.

Queriendo comenzarse los rigores,  
Caldera, licenciado de Sevilla,  
Se puso dando voces y clamores  
En medio desta y daquela cuadrilla:  
«¡Paz y amistad, paz y amistad, señores,  
Nunca permita Dios esta rencilla!»  
Acuden á lo mismo religiosos  
Destas conformidades deseosos.

Todos prestan atentos los oídos,  
Por pedillo personas de respeto,  
Los unos y los otros comedidos,  
Y cada cual con pecho mas quieto:  
Remedios dan á los que van perdidos,  
Y fueron que con término discreto  
Tracten las dos cabezas españolas  
De medios convinientes á sus solas.



Juntáronse los dos adelantados  
A la traza por buenos deseada :  
Quedaron aquel día concertados,  
Después de conferida y altercada,  
Pues el Almagro dió cien mil ducados  
Al Alvarado por aquel armada,  
Para que con aquellos se volviese  
Luego sin pretender mas interese.

Volvióse, los dineros recibidos,  
Solo con sus criados y sirvientes,  
Y dejó cuatrocientos escogidos  
Hidalgos generosos y valientes ;  
A estos les llamaban los vendidos,  
Mas eran tales y tan excelentes  
Que los mas dellos en la paz ó guerra  
Fueron los principales de la tierra.

Fué con Almagro pues el Alvarado  
A San Miguel antes de su partida,  
Porque Pizarro vea su recado  
Y cumpla la moneda prometida.  
Quedó con Benalcázar de su grado  
Mucha gente de la recién venida,  
Bastantes en esfuerzo y en prudencia  
Para desbaratar cualquier potencia.

Destos fué Juan de Ampudia, Juan Cabrera,  
Juan del Río con Baltasar su hermano,  
El capitán Tovar, Muñoz Mosquera,  
Luis Mideros, Florencio Serrano,  
Vivos aquestos dos en esta era,  
El capitán Anasco, sevillano,  
Con otro primo suyo, cabal hombre,  
Pedros entrambos y del mismo nombre.

Y Pedro de Guzmán, Luis de Lizana  
Avendaño, Juan Muñoz de Collantes,  
Martiniáñez Tafur, de quien no vana  
Fama publica ser hombres bastantes,  
Segun en Paria y en Maracapaná  
Del Avendaño y él tractamos antes,  
Sanabria de quien ya hice memoria  
En diferentes partes de mi historia.

Porque de las conquistas atrasadas  
Tuvimos especial conocimiento,  
Y hoy vemos hijas suyas agraciadas  
Que son de Tunja lustre y ornamento,  
A conyugales nudos obligadas  
Con personas de gran merecimiento,  
De cuya virtud y ánimo constante,  
Mediante Dios, diremos adelante.

La mayor dellas, doña Catalina,  
Subycto de bondad enriquecido,  
Que de purpúrea flor y clavellina  
Posee lo mejor y mas subido,  
Tiene como de tanto premio dina  
Al buen Martín de Rojas por marido,  
Con prendas que les son correspondientes  
En virtudes y gracias eminentes.

Es en edad menor doña Luisa,  
De gracias y primor verjel ameno,  
Pues de lo quel humano ser divisa  
Tiene sobre lo bueno lo mas bueno :  
Cordura que las mas cuerdas avisa,  
Y á don Diego de Vargas en su seno,  
Que en jornadas desde sus tiernos años  
Ha padecido pérdidas y daños.

Teniendo Benalcázar pues trescientos  
Hombres en Riobamba bien armados,  
Hizo de capitanes nombramiento  
Valerosos y bien acreditados,  
Y á Quito, donde llevan los intentos,  
Revuelven muy mejor aderezados,  
Yendo con ellos, desde Riobamba,  
Un cacique de paz llamado Chamba.

Que debajo de buenas amistades  
Hizo que se quedasen en su villa  
Los impedidos con enfermedades,  
Nuevamente venidos de Castilla ;  
Y él recogió de indios cantidades  
Con intencion, al parecer, sencilla  
De les favorecer y ser propicio  
En el hervor del militar oficio.

Y así con Benalcázar caminaban  
Para les ayudar á sus contiendas,  
Y en cualquier parte que se rancheaban  
Los nuestros, ellos asentaban tiendas ;  
Y allí los españoles que velaban  
De noche los visitan á sabiendas,  
Con sospecha de que harán mudanza,  
Por ser gente de poca confianza.

Y en un rancheadero del camino,  
La ronda principal de las espías  
Puestas, cerca del tiempo matutino,  
So color de le dar los buenos días  
Hasta las tiendas del cacique vino,  
Las cuales halló puestas y vacías ;  
Y las personas que hacían vela  
Tocan al arma vista la cautela.

Los rastros buscan hombres diligentes,  
Que como van con intencion malina  
Volvieran por caminos diferentes ;  
Mas Juan de Ampudia que bien adivina  
Huirse por matar á los dolientes,  
Tras ellos con aquel temor camina  
Con treinta sueltos y ocho con caballos  
Que gran prisa se dan por alcanzallos.

Pasan dos rios que los detuvieron,  
Y no sin riesgo toman la ribera  
Contraria ; mas después tanto corrieron,  
Con ser catorce leguas de carrera,  
Que al Chamba con trescientos indios vieron  
Cómo bajaba por una ladera  
Para cortar el hilo de las vidas  
A su fe fraudulenta cometidas.

Para romper los duros escuadrones  
Los ocho de caballo ponen frentes ;  
Llegaron á la villa los peones  
Do vieron de rodillas los pacientes,  
Porque sabian ya las intenciones  
Que traian los indios delincuentes,  
Por una india de la Nueva-España  
Que supo la traición y la maraña.

Gracias inmensas dan al alto cielo  
Por socorrellos en tan gran presura ;  
El repentino gozo y el consuelo  
Desterró la pesada calentura ;  
Huyen del infiel y cruel suelo,  
Vista la venturosa coyuntura,  
Y el de dispusición débil y flaca  
De sus debilidades fuerza saca.

Los de caballo lanzas ensangrientan  
En los culpados de furor nocivo :  
Todos los desbaratan y ahuyentan,  
Escepto Chamba que quedó captivo,  
El cual por culpas que se representan  
Poco después murió quemado vivo,  
Y esto tracta el obispo de Chiapa,  
Pero de demasia no se escapa.

Diciendo que se hizo larga riza  
Cuando Chamba con fuego fué punido,  
Por relacion de fray Marcos de Niza  
Informado de cosa que no vido,  
Y así de la verdad quebró la triza,  
Porque con Alvarado era ya ido ;  
Pero su compañero fray Iodoco  
Toca con gran verdad lo que yo toco.

Y aun viven hoy algunos caballeros  
Cuyos dichos tenemos á la mano,  
Que destos es el capitán Mideros  
Y el capitán Florencio Serrano,  
Varones graves y de los primeros  
Que hicieron aquel imperio llano ;  
Los cuales no deponen por oidas  
Sino de cosas vistas y sabidas.

Llevó pues Juan de Ampudia los dolientes  
Adonde Benalcázar los espera ;  
A punto se pusieron combatientes  
Después de recogidos á bandera,  
Y para dar asientos permanentes  
A Quito dirigieron su carrera,  
Y comenzaron á fundar aprisco  
El día del seráfico Francisco,

Año de treinta y cuatro con los cientos  
Quince, que cuenta religion cristiana,  
Donde se pregonaron mandamientos  
Del rey de monarquía soberana,  
Tomando posesion de los asientos  
Ganados por la gente castellana,  
Dando de San Francisco nombrada  
A causa de llegar el mismo día.

Hizose de justicia y regimiento  
Eleccion de personas singulares,  
Y luego general repartimiento  
De campos, huertas, casas y solares ;  
Demás desto mortal preparamento  
Contra las altas rocas y lugares,  
Cuyos altores Hruminavi piensa  
Ser adaptados para su defensa.

Doscientos hombres salen escogidos  
A domeñar la gente rebelada ;  
Quedaron ciento bien apercebidos,  
Guardando la ciudad recién fundada ;  
Mas porque para trances tan renidos  
No se requiere pluma mal cortada,  
Lo que resta, cortándola primero,  
Diremos en el canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Hruminavi y los otros capitanes de Alabaliba, que se habian alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos.

Los que tienen diversas opiniones  
Cuando contrarios turban su sosiego,  
Y cada cual mediante divisiones  
Quiere hacer cabeza de su juego,  
Cercanos andan de las perdiciones  
Encaminadas por juicio ciego ;  
Pues por seguir particulares modos  
Y no se conformar se pierden todos.

Cayeron en errores semejantes  
Los del reino de Quito pretensores,  
Porque, segun que ya tractamos antes,  
Eran aquestos cinco ó seis señores,  
Todos ellos valientes y pujantes,  
Que pudieran en uno ser mejores,  
Porque divisos era cosa vista  
Ser de menos peligro la conquista.

Era destos el principal tirano  
Hruminavi, sagaz, cruel, severo,  
Y porque lo tenían mas cercano  
Este quisieron allanar primero,  
Pues, quebrantada su potente mano,  
Lo demás se juzgaba por ligero :  
Tenia capitanes de mas fuerza  
Y el gran peñol de Pillaro por fuerte.

Vieron pues el altura de la Peña  
Que parecia ser inaccesible ;  
En lo mas alto della verde breña  
Con agua y aparato conveniente,  
La cual por todas partes les enseña  
Ser la subida de rigor terrible,  
Haciéndola muy mas inespugnable  
Gente que van ser innumerable.

En el mas riesgo las honrosas canas  
De los aventajados orejones,  
Todos puestos en orden por andanas  
Con varias y diversas prevenciones,  
Selva de lanzas, dardos y macanas,  
Hondas con apropiados perdigones,  
Las violentas galgas y molestas  
En partes bien acomodadas prestas.

Visto por Benalcázar el derecho  
Peñol cercado de dificultades,  
Dijo : « Señores, al español pecho  
No suelen espantar fragosidades ;  
Antes para salir bien con un hecho  
Basta poner en él las voluntades,  
Pues como su deseo no se turba  
Nunca les faltará maña ni fuerza. »

Aquesto dicho, baja del rocino  
Y encaminó sus piés á la ladera,  
Rodela y morrion de acero fino,  
Espada do la lumbrer reverbera ;  
Y cada cual se juzga por indino  
De quedar en la parte mas zagnera,  
Unos garrando, y otros de rodillas,  
Y todos bien sudadas las mejillas.

Como los indios vieron ir subiendo  
Gente que su rigor no recelaba,  
Alzaron grita, y el rumor horrendo  
Los montes y los valles atronaba :  
Rompe los aires vagos el estruendo  
Horrible, que momento no cesaba ;  
Los brazos fuertes con furor se mueven ;  
Espesas piedras, lanzas, dardos llueven.

No suenan tan espesos estallidos  
Cuando las fuerzas de los fuegos crecen  
En los espesos montes encendidos,  
Que de rocío y humedad carecen,  
Siendo de bravos vientos conmovidos,  
Que los soplan, avivan y engrandecen,  
Cuantos son los erujidos de la honda  
Que suena aquí y allí y á la redonda.

Galgas innumerables van saltando,  
Que los duros encuentros hacen moles,  
Contra los que se vienen acercando  
A los que defendian los peñoles ;  
Y así quedaron del cristiano bando  
Perniquebrados ciertos españoles,  
Y con las otras mas pequeñas piezas  
Corriendo sangre no pocas cabezas.

No por esto cesaba la porfia,  
Sin se reconocer ánimo faltar,  
Pues, aunque maltractados, todavía  
Perseverantes van en el asalto,  
Y con volantes jaras se hacia  
Algun daño también en los del alto,  
Y lastimándolos ó padeciendo  
Antes iban ganando que perdiendo.

Aquesta rigurosa competencia  
Tuvo tan espaciosa dilacion,  
Quel sol queria ya hacer ausencia  
Daquellos hemisferios y regiones ;  
Y habian en la dura resistencia  
Los indios consumido municiones,  
De cuya causa tibios en la ira  
Alguna parte dellos se retira.

Después, como se vió la pertinacia  
De los que proseguian la subida,  
Faltóles con la luz del sol audacia,  
Y todos se pusieron en huida  
Por parte que con miedo de desgracia  
Tenian antes desto prevenida,  
Para hacer desvíos mas prolijos  
A tierras y montañas de los quijos.

Los españoles todos recogidos  
Con los despojos en aquel altura,  
A los perniquebrados y heridos  
Se les dió luego la posible cura ;  
Descansan de trabajos recibidos  
Aquel espacio que la noche dura,  
Teniendo siempre vigilante guarda  
El tiempo quel aurora fresca tarda.

Y cuando descubrió su rostro rojo  
Esparciendo la lumbrer matutina,  
El católico campo y ortodojo  
Seguir á Hruminavi determina,  
Sobre bárbaros hombres quien va cojo  
Debajo de custodia fidedina ;  
Y como se halló fresca la huella  
Peones y caballos van tras ella.

Hallaron luego por el circuíto  
Indios sin dardo, lanza ni macana,  
Porque la gente natural de Quito  
Tomaba armas ya de mala gana,  
Y todos deseaban infinito  
Amistad con la gente castellana ;  
Y así, pidiendo paz, les daban nueva  
De la via que Hruminavi lleva.